

BISEXUALIDAD, CAPITALISMO Y EL AMBIVALENTE LEGADO DEL PSICOANÁLISIS

Cuando Freud murió en Londres en 1939 ya era una leyenda¹. En la década de 1950, la influencia que ejercía sobre muchas imaginaciones era comparable a la que ejercían las grandes figuras sobre las que él escribió: Moisés, Leonardo, Goethe, Dostoievski. Idéntica importancia tuvo y los teóricos de la Escuela de Frankfurt colocaron su trabajo en el centro de la teoría crítica del siglo xx. En las décadas de 1960 y 1970 las críticas feministas y gays pusieron indudablemente en cuestión el prestigio de Freud, pero en algunos aspectos también lo reforzaron. Kate Millet en la contrarrevolución de género del siglo xx, llamó a Freud «la fuerza individual más potente...», lo que le concedió mucho poder. Otras feministas, empezando por Juliet Mitchell, defendieron que el psicoanálisis, lejos de suponer una contrarrevolución, en realidad ponía al descubierto la psicodinámica del sexismo. Gayle Rubin, por ejemplo, llamó al psicoanálisis «la teoría feminista *manqué*»².

Aproximadamente en la misma época, empezaron a publicarse trabajos académicos que exigían un redimensionamiento de las posiciones sostenidas por Freud. *The Discovery of the Unconscious* (1971), de Henri Ellenberger, desafió la originalidad de Freud al situar su pensamiento en la psiquiatría dinámica del siglo xix. *Freud, Biologist of the Mind* (1979), de Frank Sulloway, hizo lo mismo respecto de la biología del siglo xix. En 1986, Adolf Grünbaum, en *The Foundations of Psychoanalysis*, rechazaba las pretensiones de solidez científica defendidas por Freud, aduciendo razones filosóficas de carácter técnico que tendrían por efecto deslegitimar también vastas áreas de la teoría social y cultural, y que normalmente serían de poco

¹ Deseo dedicar este ensayo a Nancy Fraser. Además, me gustaría dar las gracias a José Brunner, Jim Millet y la NLR por sus útiles comentarios. Finalmente, me gustaría dar las gracias a la Fundación Robert Stoller que galardonó una primera versión de este ensayo en 1995, con su premio anual al mejor ensayo sobre psicoanálisis.

² Gayle RUBIN, «The Traffic in Women», en Rayna R. Reiter, ed., *Toward an Anthropology of Women*, Nueva York, 1975, p. 185.

interés para nadie que no perteneciera a la especialidad investigadora de Grünbaum³. Pero su trabajo fue tomado muy seriamente, en especial por los psicoanalistas que en esos momentos estaban perdiendo la fe en su proyecto. Estas primeras heridas abrieron el camino a las polémicas capitaneadas por los medios de comunicación. En su libro de 1984, *The Assault on Truth*, Jeffrey Masson, editor de las cartas todavía inéditas de Freud a Wilhelm Fliess, sostenía que aquél había suprimido su conocimiento del abuso sexual infantil. Por supuesto, cuando se publicaron las cartas, no mostraban tal cosa, pero la historia todavía es creída por mucha gente. Por último, Frederik Crews lanzó una visión completamente negativa de Freud, combinando el ataque a su carácter con el ataque a su teoría y al método psicoanalítico de tratamiento⁴. El ataque de Crews se ha revelado muy influyente; incluso he oído describirlo como ejemplo de un discurso que «habla claro al poder». A la luz de esta historia, ¿cómo hemos de entender hoy el psicoanálisis?

Al evaluar el *status* científico del psicoanálisis, se plantean ciertamente cuestiones importantes. Freud, sin embargo, defendía el psicoanálisis como *Wissenschaft* [ciencia], como un programa de investigación que incluía una dimensión especulativa, y no como una ciencia positivista y predictiva. Fueron los psicólogos del ego estadounidenses de las décadas de 1950 y 1960 quienes lo definieron en aquellos términos, exponiéndose así ellos mismos a la crítica de Grünbaum. Contrariamente a las psicologías profundas rivales, destacadamente la de Jung, Freud procuró mantener al psicoanálisis abierto a los desarrollos que se producen en las ciencias naturales. Por supuesto, el trabajo en áreas tales como la neurofisiología, la biología evolutiva, o la psicología y la antropología de las emociones podía modificar o rebatir formulaciones analíticas específicas, pero antes de descartar el pensamiento psicoanalítico en su totalidad, querría analizar por qué en este caso se estaban utilizando criterios explorativos estándar de la filosofía de la ciencia de una manera prescriptiva. Respecto a la eficacia del tratamiento psicoanalítico, sobre la cual han surgido muchas dudas, es preciso recordar que todas las formas de psicoterapia, exceptuando las que recurren al uso de drogas o a técnicas de modificación de la conducta, están basadas en alguna variación del psicoanálisis. Así pues, esta evaluación únicamente debería efectuarse como una parte de una exploración mucho más extensa de la psicoterapia en general, e incluso desde un punto de vista más amplio, de todo el sistema moderno de «salud». Y en cuanto a los ataques a Freud por razón de su carácter, a él le debemos nuestra apreciación de lo «imperfectos» que somos

³ Henri ELLENBERGER, *The Discovery of the Unconscious*, Nueva York, 1971; Frank SULLOWAY, *Freud, Biologist of the Mind; Beyond the Psychoanalytic Legend*, Nueva York, 1979; Adolf GRÜNBAUM, *The Foundations of Psychoanalysis: A Philosophical Critique*, Berkely, 1985.

⁴ Frederick CREWS, «The Unknown Freud», *The New York Review of Books*, 18 de noviembre de 1993, y «The Revenge of the Repressed», *The New York Review of Books*, 17 de noviembre y 1.º de diciembre de 1994. Estos artículos y los intercambios que extraen han sido recogidos en Frederik CREWS *et al.*, *The Memory Wars: Freud's Legacy in Dispute*, Londres, 1997.

todos nosotros y, por lo que yo sé, Freud no se excluyó a sí mismo de este juicio.

La cuestión importante, por el contrario, es si el psicoanálisis era y puede seguir siendo entendido todavía como una teoría crítica, que desafió las formas de dominación y la ideología que caracterizan nuestra sociedad, o si fue un pensamiento esencialmente conservador, antipolítico y sexista. Incluso ahora, casi un siglo después de la publicación de *La interpretación de los sueños*, los escritos más sofisticados sobre psicoanálisis aún están polarizados en torno a esta cuestión. Los críticos de Freud subrayan su sexismo y homofobia. Sander Gilman, un ejemplo reciente, argumenta que Freud proyectó en las mujeres estereotipos negativos de los judíos, tomados de la literatura médica de su época⁵. Mientras tanto, los defensores de Freud en la esfera de la política sexual, reflejando el repudio al «esencialismo» de la década de 1970, argumentan que sus textos desestabilizan los significados establecidos de género y perturban los presupuestos convencionales acerca de la sexualidad⁶. Términos como «sexismo», «homofobia», y «desestabilizar» son nuevos, pero algunas versiones de esta polarización se remontan a los primeros años del siglo xx.

A favor o en contra de Freud

¿Por qué los debates en torno a Freud están aún polarizados de esta forma? Una razón clave es la ausencia de una comprensión genuinamente histórica del psicoanálisis. A pesar de todo lo que conocemos sobre su pasado, todavía no hemos historizado a Freud. Para la mayoría de los que ponen de relieve las contribuciones de Freud a la teoría gay o feminista, no existe ni siquiera la pretensión de la historia; únicamente encontramos la lectura minuciosa de los textos de Freud. Gilman nos brinda una simulacro de historia, pero sólo eso. Al igual que ocurre en otras nuevas aproximaciones historicistas, hay poco sentido de una matriz institucional o de un orden social. El razonamiento es analógico, no causal. Gilman parece pensar que por haber demostrado las homologías entre la literatura antisemita y la misógina, ha explicado la relación entre los dos discursos.

Evidentemente, tenemos una amplia literatura histórica no teórica sobre la ubicación del psicoanálisis, por ejemplo, en contextos tales como la Viena *fin de siècle* (Carl Schorske, William McGrath, Peter Gay), el Londres de la década de 1940 (Phyllis Grosskusth, Elizabeth Young-Bruehl), la ciudad de Nueva York de la década de 1920 (Ann Douglas) y 1950 (Nathan Hale, Elizabeth Kurzweil), y el París de la de 1960 (Elisabeth Roudinesco, Sherry Turkle). Pero conocer el pasado no es lo mismo que his-

⁵ Sander L. GILMAN, *Freud, Race and Gender*, Princeton, 1993.

⁶ Elizabeth A. GROSZ, *Jaques Lacan: A Feminist Introduction*, Nueva York, 1990; Leo BERSANI, *A Future for Astyanax. Character and Desire in Literature*, Boston, 1976; y, *The Freudian Body: Psychoanalysis and Art*, Nueva York, 1989.

torizarlo. La historización requiere un contexto profundamente conceptualizado, y localiza la cuestión de la crítica en el centro, de una forma que normalmente no hacen la historia o la biografía académicas.

Los dos estudiosos más importantes que han intentado historizar el psicoanálisis en este sentido fueron Carl Schorske y Christopher Lasch⁷. Schorske proporcionó la explicación global más importante de los orígenes del psicoanálisis en el siglo XIX; Lasch analizó su lugar dentro del consumo de masas fordista y del Estado del bienestar del siglo XX. Ambos estudiosos estaban hondamente influidos por el marco analítico de la Escuela de Frankfurt, especialmente por la idea de que se había producido un declive desde el liberalismo y la «independencia» del siglo XIX –la perspectiva general del ascenso de la burguesía decimonónica– hacia la psicologización y la cultura de masas del siglo XX. Schorske lo llamó análisis «contrapolítico», refiriéndose a que reducía un racionalismo liberal abierto al exterior a una preocupación por los conflictos internos de carácter psicológico. Lasch seguía a Philip Rieff al describir el psicoanálisis como una muestra del desplazamiento desde «el hombre económico» hacia «el hombre psicológico», y lo explicaba como el resultado de la dependencia o «narcisismo» provocado por el Estado del bienestar moderno. Así pues, existe ya una importante línea de pensamiento que sitúa el psicoanálisis en el contexto del desplazamiento desde el capitalismo liberal o competitivo hacia el capitalismo desarrollado o fordista. Tomaré este conjunto de trabajos como mi punto de partida, del cual, sin embargo, me apartaré en seguida.

La elección de un contexto histórico donde situar a Freud depende de cómo se lo interprete. Mi interpretación de Freud es la de un teórico de la psicología y la cultura, y en especial de la relación entre ambas. Desde mi punto de vista, su idea más importante fue que las categorías y las distinciones socialmente impuestas se disuelven dentro del individuo y son reelaboradas como deseos únicos del propio individuo. En el presente ensayo, tomaré esta idea como el punto central de mi argumento. Sostendré que esta perspectiva explica el carácter subversivo del psicoanálisis respecto a aspectos clave del liberalismo del siglo XIX, pero también

⁷ Carl E. SCHORSKE, *Finn-de-Siècle Vienna: Politics and Culture*, Nueva York, 1980; Christopher LASCH, *The Culture of Narcissism*, Nueva York, 1978. (Junto con Schorske, tengo en mente aquellos en los que ha influido, fundamentalmente a William McGrath y John Toews. William McGRATH, *Freud's Discovery of psychoanalysis: The Politics of Hysteria*, Ithaca, 1986.) John TOEWS, «Historicizing Psychoanalysis: Freud in his Time and for Our Time», *Journal of Modern History* 63 (septiembre de 1991), pp. 504-555. Hay que añadir que Foucault describió su trabajo como «una arqueología del psicoanálisis», siguió a la Escuela de Frankfurt en su crítica de la Ilustración y demostró conexiones epistémicas entre el psicoanálisis y los discursos precientíficos. Véase mi libro *Psychoanalysis: From the Psychology of Authority to the Politics of Identity*, Nueva York, 1998. No obstante, Foucault no analizó las razones sociales para explicar el atractivo del psicoanálisis. En un examen hostil hacia al movimiento, Ernest GELLNER abordó precisamente esta cuestión. Véase *The Psychoanalytic Movement: The Cunning of Unreason*, Londres, 1983.

por qué se hizo adaptable a la cultura de masas del xx. En último término, el psicoanálisis fue reelaborado por la cultura sobre la que influyó de tal manera que sus posibilidades críticas no es que fueran ampliamente frustradas, sino que de hecho se transformaron en formas de opresión.

Elaboraré mi argumento en tres partes. Primero, describiré el nexo de los presupuestos culturales del siglo xix que el pensamiento de Freud subvirtió. Fijaré mi atención, concretamente, en una tensión particular, presente en aquellos presupuestos que se centraban en el ideal de autocontrol o autodominio. El «autodominio», un antiguo ideal progresivamente generalizado durante el siglo xix, tenía un equivalente social: las clases capaces de autodominarse iban a ser en realidad las que dirigirían a aquellas que supuestamente no lo eran: los pobres, las clases trabajadoras, los otros raciales. La tensión llegaba con el carácter generizado de este ideal: al mismo tiempo que el control era impuesto tanto sobre hombres como sobre mujeres, era codificado como masculino.

En la segunda parte, describiré cómo los escritos de Freud ayudaron a subvertir estos presupuestos. Freud halló la tensión que rodea las cuestiones de género y control en el contexto médico. Desde mediados del siglo xix, las correspondientes especialidades de la medicina, la neurología y la psiquiatría, se centraron en aquellos fenómenos que, de acuerdo con las concepciones dominantes, implicaban la pérdida de control. Simultáneamente, las explicaciones somáticas de estos fenómenos se volvieron explicaciones psicológicas. Éste fue el paradigma que Freud revolucionó. Virtualmente todos los estudiosos están de acuerdo en que el final de la década de 1890, cuando Freud escribió *La interpretación de los sueños*, fue el período de su revolución conceptual, pero todavía no hay acuerdo sobre en qué consistió esta revolución. Tal y como he dicho, sostendré que descansa en su consideración de la disolución de los códigos sociales externos y su reformulación como internos o psicológicos. Mi demostración se centra alrededor del cambio en el uso que hace Freud del lenguaje de la «bisexualidad» en aquel período. Sostengo que comprender este desplazamiento permite ver cómo Freud minó los presupuestos culturales en los cuales estaba enraizado el modelo médico de su tiempo.

Para terminar, en la tercera parte del texto, situaré a Freud en el contexto de la cultura de masas del siglo xx. Mostraré cómo el proceso mismo que hizo del psicoanálisis un discurso crítico, al aplicarse a los códigos culturales de la sociedad decimonónica –a saber, su psicologización de las categorías socialmente derivadas– le hizo, durante varias décadas, instrumental al imaginario social del capitalismo desarrollado o fordista. Esto, consiguientemente, ayudará a explicar por qué la disolución de este último, que comienza en las décadas de 1960 y 1970, fue acompañada de una reacción contra el psicoanálisis.

Concluiré rechazando la forma en la que se plantea actualmente el debate sobre si Freud es un pensador crítico, es decir, si su pensamiento es

intrínsecamente crítico o reaccionario. Freud fue un profundo crítico de muchos de los presupuestos que apuntalan nuestra cultura, pero su crítica también se reveló como muy adaptable. La verdadera cuestión es analizar qué revela la historización del psicoanálisis para nuestra comprensión de la autocontradictoria y conflictiva naturaleza de la modernización capitalista.

I. LA CULTURA LIBERAL DEL SIGLO XIX

Vienna Fin-de-siècle de Carl Schorske situó al psicoanálisis en la crisis del liberalismo de finales del siglo XIX. Según Schorske, el psicoanálisis reflejó el giro desde un liberalismo abierto al exterior y confiado en sí mismo, hacia un modernismo introspectivo provocado, en el caso de Freud, por el desarrollo de políticas de masa antisemitas. El término «liberalismo», tal y como es utilizado por Schorske, es una categoría suficientemente amplia como para aglutinar un campo de cuestiones que incluyen las luchas personales de Freud por la autonomía, su judaísmo cuasi asimilacionista, e incluso sus esfuerzos por formular una filosofía de la ciencia⁸. Modificaré el análisis de Schorske en tres aspectos. Primero situaré más ampliamente la crisis del liberalismo de finales del siglo XIX dentro del marco del desarrollo capitalista; en segundo lugar, desplazaré el eje desde Austria, donde el liberalismo fue débil y el psicoanálisis marginal, hacia los casos más representativos del desarrollo capitalista del siglo XIX, especialmente Inglaterra y Estados Unidos, donde el psicoanálisis tuvo una importancia central; y finalmente, colocaré al género en el centro de la discusión.

Para que los seres humanos experimenten su propia humanidad, requieren una cultura que reconozca lo que constituye el carácter común y la interconectividad de sus vidas. Para las clases medias del siglo XIX, este reconocimiento ya estaba en la superficie. En el lugar de la interconectividad, la sociedad liberal del siglo XIX, si pensamos en términos típicos-ideales, desarrolló una ética basada en el autocontrol, el estoicismo y el autodomínio. Los términos clave incluían «carácter», «hábito», e «industria», así como «hacerse el enfermo». Los valores clave eran la domesticidad, la limpieza, la puntualidad, la moderación, la disciplina y la austeridad. Las nuevas prácticas donde se expresan estas preocupaciones incluían la educación pública, la economía política y la psiquiatría, la cual vivió una revolución durante el siglo XIX. Por supuesto, la realidad era infinitamente más complicada, y la cultura del siglo XIX también acentuó el sentimiento, la expresión y la introspección. Sin embargo, es verdad que la exigencia de que se reprimiera o negase la pasividad, la debilidad o la dependencia para poder realizar las propias responsabilidades, fue un hilo común que recorrió la cultura. Aunque asociemos estos valores con la clase media, el énfasis en el autodomínio también persuadió a los artesanos

⁸ J. Toews, «Historicing Psychoanalysis», cit.

republicanos, a los primeros sindicalistas y primeras cooperativas y a los movimientos de apoyo mutuo entre granjeros, obreros y ex esclavos.

El autocontrol estaba ligado al control social. El modelo predominante de la mente, según el cual la voluntad controlaba o reprimía el «desorden», tenía un equivalente social. El razonable y autocontrolado caballero británico (o estadounidense) controlaba al pagano, al esclavo africano, al «primitivo», a la «clase obrera», al inmigrante infrarremunerado, al borracho. Supuestamente, el control procedía en primer lugar de prácticas civilizadas, no de la fuerza. Si tuviéramos que expresarlo en términos «posvictorianos», es decir, freudianos, podría decirse que las clases medias del siglo XIX proyectaban sus propias dependencias, su sexualidad, sus sentimientos de vulnerabilidad, el miedo hacia su propia violencia, etc., en los grupos «inferiores». Sin embargo, proyectaron de forma particular estas cualidades sobre las mujeres, aún cuando el «ellos» sujeto de esta proyección incluía mujeres al igual que hombres.

Por supuesto, la distinción de género estaba en el corazón de la cultura del siglo XIX. Científicos y doctores estaban de acuerdo con moralistas y editores en que había una absoluta e inequívoca diferencia entre hombres y mujeres. Se asociaron rasgos específicos y expectativas, psicologías y sexualidades, así como las regiones del espacio social –lo público y lo privado– a cada género. Incluso más claramente que en el pasado, los valores de autocontrol, dominio o razón fueron equiparados con los hombres. Las mujeres eran identificadas con la pasividad, la dependencia y la emocionalidad.

Esta caracterización, sin embargo, era contradictoria porque las mujeres también estaban sometidas a las mismas exigencias de autocontrol y autocontrol que los hombres. No menos que ellos, estaban obligadas a negar sus necesidades, su emocionalidad, su pasividad, al menos en la mayoría de los contextos y para la mayoría de los propósitos. Al mismo tiempo, cualquier pérdida del autocontrol estaba codificada como femenina. Las explicaciones alrededor del género eran, por consiguiente, un registro especialmente sensible de las tensiones en la cultura.

La preocupación por la familia y el autocontrol en el siglo XIX era, en última instancia, un intento de atajar el conflicto social, especialmente el conflicto de clase, mediante la redefinición de los problemas en términos individuales. Se incrementó la importancia de instituciones como la educación y la familia, ya que se concebían como medio de superar los conflictos sociales generados por la industrialización. El género, en el sentido de «roles sexuales», fue parte esencial en este intento. Cualquier cambio sistémico estaría necesariamente calibrado con cambios en el orden del género.

II. FREUD Y EL DERRUMBE DEL SISTEMA DE FAMILIA VICTORIANO

Freud nació en 1856. Como joven investigador y doctor prometedor, compartió los valores que acabo de describir, pero también vivió la época en la que la industrialización y la inmigración estaban erosionando su vigencia. En 1883 escribió a su prometida, «el vulgo desahoga sus apetitos, y nosotros nos privamos a nosotros mismos. Nos privamos con la finalidad de mantener nuestra integridad, economizamos en nuestra salud, en nuestra capacidad de disfrute, en nuestras emociones; nos protegemos de algo sin saber de qué. Y este hábito de constante represión de los instintos naturales nos da la cualidad del refinamiento»⁹.

Freud comenzó a cuestionar más profundamente los presupuestos de su cultura al estudiar el problema de la histeria, enfermedad catalogada dentro del grupo de las recién definidas «enfermedades» conocidas como neurosis. El término neurosis había sido acuñado en el siglo XVIII para indicar un sistema nervioso demasiado sensible o irritable. Sin embargo, cuando Freud era estudiante, los neuróticos eran aún identificados como un pequeño grupo¹⁰. Entre 1869 y 1873, la neurastenia, la anorexia nerviosa y la agorafobia fueron identificadas por primera vez. La histeria, que ya había sido conocida anteriormente, se desplazó al primer plano de la neurología¹¹. En aquel entonces, se consideraba que estas afecciones estaban alcanzando proporciones casi epidémicas. Las descripciones literarias eran persuasivas, y pronto algunas figuras del mundo de la cultura como Jane Addams y Max Weber fueron conocidos por sus experiencias con ellas.

La neurosis presentaba tres características importantes para mi razonamiento. La primera, ejemplificada en la histeria, era que representaba una ruptura del autodomínio, una sensación de estar sobrepasado por la emoción y por los sentimientos de abandono, una sensación de pérdida de control. El rasgo distintivo de la histeria era una «explosión de afecto». Los neurólogos utilizaban términos como inestabilidad, sugestionabilidad y psicoplasticidad¹².

⁹ Sigmund FREUD a Martha Bernays, 29 de agosto de 1883, en Ernst L. Freud, *The Letters of Sigmund Freud*, Nueva York, 1969, p. 50.

¹⁰ José M. LÓPEZ PIÑERO, *The Historical Origins of the Concept of Neurosis*, Londres, 1958, p. 58.

¹¹ La neurastenia fue descrita por primera vez por George BEARD en una memoria para la American Neurological Society, *Medical and Surgical Journal* 3, 217 (29 de abril de 1869). Véase James GILBERT, *Work Without Salvation: America's Intellectual and Industrial Alienation: 1880-1910*, Baltimore, 1977, p. 33; Charles E. ROSENBERG, «The Place of George M. Beard in Nineteenth-Century Psychiatry», *Bulletin of the History of Medicine* 36 (1962), pp. 245-259; Gilliam BROWN, «The Empire of Agoraphobia», *Representations* 20 (otoño de 1987), p. 148.

¹² Sigmund FREUD, *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, trad. James Strachey et al., vol XIII, Londres, 1953, p. 172.

En segundo lugar, las neurosis eran definidas como un desplazamiento desde dolencias somáticas hacia psicológicas. La neurastenia fue la primera neurosis descrita en términos absolutamente psicológicos. La anorexia se «descubrió» cuando las quejas de dolor de estómago de los pacientes se transformaron en síntomas de inapetencia¹³. La hipocondría, una enfermedad en otro tiempo respetable médicamente «adquirió la connotación de una enfermedad imaginaria»¹⁴. La histeria era la única en la que las dolencias eran somáticas, incluyendo, por ejemplo, la paralización de los miembros, pero las explicaciones ofrecidas eran cada vez más psicológicas.

Finalmente todas las neurosis terminaban siendo descritas en términos generizados. *Hysterion*, por supuesto, significa útero en griego. Muchas de la neurosis implicaban estereotipos intesificados de la «feminidad»: la emotividad (la histeria), la obsesión con la imagen corporal (anorexia), el miedo a salir sola (agorafobia). Sucesivamente, la «feminidad», fue la palabra en clave para la necesidad de mayor control. La «supersensibilidad» y la «sugestibilidad» que los científicos y doctores adscribían a los neuróticos, también la conectaban al alcoholismo, a la cultura latina, a la psicología popular y al socialismo, pero especialmente a las mujeres¹⁵.

El objetivo tradicional del tratamiento psicológico, en el cual trabajó Freud, era que el paciente restableciera su autocontrol. El medio, que revela las contradicciones internas implicadas en el énfasis puesto en el autodominio, era crear una relación de dependencia con el doctor, y entonces utilizar la autoridad de éste para terminar con la dependencia. El modelo era la hipnosis: «cuando te despiertes harás “x” y no recordarás nada».

Los orígenes de este método descansan en una forma de psiquiatría desarrollada durante la Ilustración llamada «tratamiento moral». Basada en último término en el trabajo de John Locke, el tratamiento moral se apoyaba en la teoría de que las «asociaciones» trastornadas podían ser ordenadas de nuevo para curar la locura. Aunque los fundadores ponían el acento en el impacto de los regímenes institucionales, tales como los sanatorios, a principios del siglo XIX, los psiquiatras se dieron cuenta en seguida de que los doctores normales podían ser preparados para conseguir la sumisión. Por ejemplo, Benjamin Rush, el fundador de la psiquiatría estadounidense, daba una serie de reglas para hacerlo: «captar el OJO [del paciente]... asegurar la obediencia... por la VOZ... el ROSTRO... debería estar adaptado al estado del paciente...»¹⁶. Y las reglas continuaban en este sentido.

¹³ Edward SHORTER, «The First Great Increase in Anorexia Nervosa », *Journal of Social History* XX, 1 (otoño de 1987), pp. 77 ss.; Alan KROHN, *Hysteria: The Elusive Neurosis*, Nueva York, 1978.

¹⁴ Barbara SICHERMAN, «The Uses of a Diagnosis: Doctors, Patients, and Neurasthenia», *Journal of the History of Medical and Allied Sciences* XXXII, 1 (1977), p. 41.

¹⁵ Susanna BARROWS, *Distorting Mirrors: Visions of the Crowd in Late Nineteenth-Century France*, New Haven, 1981.

¹⁶ Benjamin RUSH, *Medical Inquiries and Observations Upon the Diseases of the Mind*, Nueva York, 1962, pp. 174-178.

Bisexualidad y jerarquía

La psiquiatría decimonónica, al igual que la cultura en general, combinaba el control jerárquico y el género. La psique era entendida en términos de niveles determinados por la evolución. Los niveles elementales eran los reflejos; más arriba estaban las sensaciones, después las percepciones y, finalmente, en lo más alto venía la «individualidad». La histeria estaba causada por un área «rebelde» de la mente «inferior» que no había sido puesta en conexión con la parte más alta de la mente o «conciencia». El propósito del hipnotismo, que Freud aprendió en París en 1885, era acceder a las partes «más bajas» de la mente, y disponerlas para la descarga. El carácter generizado de este modelo sale concretamente a la superficie en las discusiones sobre la hipnosis. La parte de la mente «inferior» o «bloqueada» se vinculaba a la feminidad. Un practicante escribió que el hipnotismo utilizaba «el dominio que la naturaleza ha dado a un sexo sobre el otro con el fin de acoplar y estimular». «Lo magnetizado (la parte femenina pasiva) está en simpatía con el magnetizador (la parte masculina activa)», escribía otro¹⁷.

Freud heredó este esquema de pensamiento y a lo largo de la década de 1890 lo utilizó para intentar explicar la histeria. *Estudios sobre la histeria* (1893-1895), el inédito *Proyecto de una psicología científica* (1895), y la «teoría de la seducción» son ejemplos de ello. Suponen una continuación del pensamiento establecido, el cual, al menos en parte, se remonta hasta los griegos. De acuerdo con éstos, alguna parte «inferior» de la mente –un impulso, una sugestión, una memoria inasimilada– se corta de una parte superior de la mente, la razón, el dominio, la conciencia. Freud siguió incluso el pensamiento establecido a la hora de defender que la parte inferior de la mente era un deseo reprimido, especialmente un deseo sexual. Donde Freud finalmente discrepó fue en explicar la histeria como la represión de un deseo sexual *infantil*, y no como el del adulto heterosexual «normal». Se informó sobre la sexualidad infantil recurriendo a una nueva disciplina, la sexología, que también estudiaba las «perversiones», en particular la homosexualidad. Freud utilizó esta disciplina, especialmente como le fue explicada por su amigo Wilhelm Fliess, para instruirse sobre la bisexualidad.

A finales del siglo XIX, la «bisexualidad» no tenía el sentido contemporáneo de elección de pareja sexual de ambos sexos. Por el contrario, significaba que había corrientes «masculinas» y «femeninas» dentro de cada individuo. La bisexualidad era una antigua idea que había renacido en muchas esferas culturales de finales del siglo XIX, como una manera de representar las desviaciones del orden de género establecido. Los sexólogos aplicaron el concepto especialmente a los homosexuales, a quienes describían como el «tercer» sexo o el «intermedio», que combinaba ele-

¹⁷ Henri Ellenberger, *The Discovery of the Unconscious*, cit., p. 160.

mentos de los otros dos. De esta forma, reclamaban «tolerancia» hacia los homosexuales, mientras al mismo tiempo afirmaban la concepción dicotómica de género típica del siglo XIX.

El interés de Freud por el concepto de bisexualidad cuajó alrededor de 1895, año en el que interpretó su primer sueño. Parte de lo que Freud hizo la siguiente década fue reconciliar la literatura sobre la «neurosis» y la literatura sobre las «perversiones». El concepto de bisexualidad le sirvió como puente. Intentando explicar la histeria a través de la bisexualidad, Freud colocó los presupuestos de género de la cultura de clase media del siglo XIX en un nuevo nivel de explicitación. Siguiendo a Fliess, comenzó con la hipótesis de que había sustancias macho y sustancias hembra en ambos sexos, y que la sustancia macho «produce[ía] placer» mientras que la sustancia hembra se asociaba con la represión. Muy pronto abandonó el lenguaje de las sustancias, pero no el de la masculinidad y la feminidad. Por ejemplo, en cierto momento, supuso que cada sexo reprimía el sexo opuesto presente en sí mismo. Lo siguiente que sugirió fue que ambos sexos reprimían la masculinidad¹⁸. En 1889 escribió a Fliess: «La bisexualidad! Estoy seguro de que tienes razón en ello. Estoy acostumbrándome a mí mismo a mirar cada acto sexual como un proceso en el cual están implicadas cuatro personas»¹⁹. Aunque el preciso significado de lo que quiere decir Freud aquí no está claro, parece que percibe una tensión entre la sexualidad y el binarismo de género. En todas estas formulaciones, Freud se atuvo al criterio de que «la represión y la neurosis, y de este modo la independencia del inconsciente, presuponen la bisexualidad»²⁰.

Freud no renunció nunca a estas o a similares formulaciones, pero después de completar *La interpretación de los sueños*, en 1899, dejó de utilizarlas. En 1905 cuando escribió *Tres ensayos sobre la sexualidad*, utilizó el lenguaje de la sexualidad y no el de género para disentir en el campo de la psicología. Por sexualidad, Freud se refería a toda la serie de excitaciones y actividades que podían observarse desde la infancia, y que «procuran un placer que no puede ser explicado adecuadamente en términos de satisfacción de una necesidad psicológica básica»²¹. Esta serie de actividades infantiles, en la teoría de Freud, se cristaliza gradualmente en la forma adulta del amor. Las «perversiones» o las «represiones» se convierten en variaciones sobre este proceso. Una perversión es un fragmento de sexualidad infantil que no ha sido unido y conectado con el resto de la forma de amar de una persona. Una represión es la negación

¹⁸ 25 de Mayo de 1887. Jeffrey Moussaieff Masson, trad. y ed., *The Complete Letters of Sigmund Freud to Wilhelm Fliess 1887-1904*, Cambridge, Mass., 1985, p. 245. Véase también Freud, *Standard Edition*, cit., vol. IX, pp. 233-234.

¹⁹ Masson, *The Complete Letters of Sigmund Freud to Wilhelm Fliess 1887-1904*, cit., 1.º de agosto de 1889, p. 364.

²⁰ *Ibid.*, 19 de septiembre de 1901, pp. 450-451.

²¹ J. LA PLANCHE y J. B. PONTALIS, *The Language of Psychoanalysis*, Nueva York, 1973, p. 418.

de un impulso infantil. La sexualidad de cada persona es única. En 1912, Freud definió la transferencia como la materia objeto de análisis ya que ilumina «la individualidad especial» de cada persona «en el ejercicio de la capacidad de amar», es decir, en las condiciones que disponen a una persona para amar, en los impulsos que ésta complace, en las metas que se propone alcanzar²².

La elección de objeto y el género

El género no desaparece del trabajo de Freud después de 1899. Al contrario, está por todas partes, pero no en el sentido de la primera época de corrientes masculinas y femeninas de la personalidad. Con una excepción clave, a la cual volveré en breve, después de este año Freud evita utilizar los términos de «masculinidad» y «feminidad». Desaparecen de gran parte de su trabajo hasta 1915, cuando añade una nota a pie de página sobre ello en una revisión de *Tres ensayos sobre la sexualidad*. Cuando el debate sobre la sexualidad femenina irrumpe en la década de 1920, estos términos regresan también pero Freud se encuentra casi molesto con ellos. Nos servimos, escribió, «de una ecuación que es obviamente inadecuada, empírica y convencional: llamamos a lo que es activo, masculino, y a lo que es pasivo, femenino». Después de 1899, en lugar de una división entre masculinidad y feminidad, Freud habla de ambivalencia o conflicto sexual. El resultado fue un conjunto de escritos, al menos hasta la década de 1920, en los cuales la dicotomía de género se *oscureció* o se instaló en los antecedentes del conflicto mental, en vez de proporcionar las bases psicológicas para explicarlo.

La excepción es la cuestión sobre la elección de objeto, entendiendo por tal el hecho de optar por amar a un hombre o a una mujer. Esta idea apareció primero en el «caso Dora» (1900), pensado originalmente como artículo suplementario a *La interpretación de los sueños*. En el «caso Dora», Freud ofrecía su solución al problema de la histeria, definiéndola como la incapacidad para elegir entre objetos de amor de diferentes sexos. A diferencia del lenguaje que utilizaba en la década de 1980, Freud no describía la histeria de Dora como un conflicto entre su lado masculino y su lado femenino, sino por el contrario como una vacilación entre Herr K y Frau K, por quienes se sentía atraída simultáneamente. Lo que Dora –Ida Bauer– reprimía no era ni su masculinidad ni su feminidad; ella reprimía deseos sexuales que, en su mayor parte, podían estar dirigidos a cualquiera de los dos sexos.

La relación entre represión y género no desapareció, pero después de *La interpretación de los sueños*, Freud argumentó frecuentemente en contra de equiparar la masculinidad con el control, la racionalidad o la concien-

²² Sigmund Freud, «The Dynamics of Transference», 1912, en *Standard Edition*, cit., vol. XII, p. 99.

cia. De la misma manera argumentó contra la equiparación de la pasividad, el masoquismo, la frustración, la extrañeza del mundo, o la «castración» con la «feminidad», es decir, con la representación de las mujeres. Aunque utilizó los términos «masculinidad» y «feminidad», hablaba ahora de ellos como *asociados* con polaridades no-generizadas tales como el sadismo y el masoquismo que no se correspondían con aquellos términos.

Consideremos, por ejemplo, el concepto de neurosis obsesiva que fue formulado por Freud en 1907 en el que se llamó el caso del «hombre de las ratas». Ernst Lanzer, el joven abogado que fue el sujeto del caso, se embarullaba tanto al hablar con Freud como en sus relaciones sentimentales. Freud describía a Lanzer como sujeto de dos conflictos irreductibles. Uno era el existente entre la atadura a su padre, un hombre, y la atadura a su amante, una mujer. Freud escribió que éste era un conflicto histérico o bisexual, términos que ahora equiparaba. El segundo conflicto, sin embargo, giraba entre pretensiones activas y pasivas, poco más o menos entre el deseo de ser amado y la necesidad de mantener el control. Una insistencia en el control como la que Lanzer manifestaba, Freud escribió, «no puede ser descrita como “masculina” o “femenina”», sino que «puede persistir a lo largo de la vida y... atraer permanentemente hacia sí una gran parte de la actividad sexual»²³.

Una cuestión análoga inspiró las consideraciones de Freud acerca del juez Daniel Schreber, quien cayó enfermo como reacción a una humillante elección perdida. Mudo durante varios años, Schreber al final empieza a pensar de sí mismo como si se tratara de una voluptuosa mujer a la que Dios quisiera fecundar²⁴. Por una parte, Freud describía el problema de Schreber como una herida narcisista de un tipo que no era peculiar a ninguno de los sexos. Al mismo tiempo, Freud conectaba el narcisismo a la «homosexualidad», refiriéndose al deseo infantil de Schreber de parecerse a –y de ser amado por– su padre. Freud argumentaba que la fantasía de de Schreber de verse como una mujer, era una forma para él de aceptar su deseo infantil, y de este modo un paso hacia la recuperación, no la manifestación de una enfermedad.

Asimismo, Serge Pankejeff, el «hombre de los lobos» de 1914, pasó su vida comportándose despóticamente con las mujeres. Freud, sin embargo, describió sus deseos básicos como pasivos y masoquistas, derivados de ver o imaginar a su madre teniendo relaciones sexuales con su padre abusador. Argumentaba que el deseo de un hombre de sufrir o de ser humillado, podía ser al menos tan poderoso como su deseo de dominar, además tenía más probabilidades de ser inconsciente²⁵. La necesidad de Pankejeff era un intento de reforzar su narcisismo, no una expresión de su «mas-

²³ Sigmund Freud, *Standard Edition*, cit., vol. X, pp. 158, 167; vol. VII, pp. 198-199.

²⁴ Daniel Paul SCHREBER, *Memoirs of my Nervous Illness*, 1902, Cambridge, Mass., 1988, pp. 147-149, 204-210.

²⁵ Freud, *Standard Edition*, cit., vol. XVII, pp. 100, 110-112.

culinidad». De hecho, Freud escribió «el yo no tiene impulsos sexuales [es decir, generizados], sino únicamente un interés en su propia autoprotección y en la preservación de su narcisismo»²⁶.

Con tales formulaciones, Freud dio un paso más hacia la fractura del código cultural liberal del siglo XIX. A pesar de no ser ésta su intención, que era explicar la neurosis, al hacerlo mostró que los «problemas» –pasividad, falta de control, dependencia– que las clases medias decimonónicas habían atribuido a las mujeres, a la clase trabajadora, a los «africanos» y las personas «inferiores» o «incivilizadas», eran universales. La lógica de la distinción entre aquellos que se controlaban (profesionales varones) y aquellos que necesitaban ser controlados (mujeres, homosexuales, otros racializados) empezaba a quebrarse. En cierto sentido, podemos describir a Freud como «haciendo *outing*»²⁷ la dependencia del profesional varón blanco. De todas formas, al hacer esto, cuestionaba los puntales de todo el sistema sobre el que se mantenía la identidad y la posición social.

Es en este contexto donde adquiere importancia el énfasis que pone Schorske en las raíces introspectivas y judías del psicoanálisis. El psicoanálisis nació como una reflexión sobre las experiencias de derrota, pérdida, lamentación y apatía. No era una ética heroica. Si examinamos la cultura subyacente del primer psicoanálisis, como se revela en las cartas entre Freud y sus seguidores, lo que era nuevo era la emergencia de un lenguaje centrado en el *reconocimiento* y la universalidad de los deseos pasivos. «Te confieso esto a mi pesar, mi veneración por ti es desagradable y ridícula por sus innegables resonancias eróticas»²⁸, escribió Jung a Freud. «Ojalá hayas abandonado tu papel infantil y te acerques a mí como un compañero igual», escribió Freud a Ferenczi; «preferiría un amigo independiente, pero si pones tantas dificultades te adoptaré como hijo»²⁹.

Dejando a un lado por un momento sus implicaciones para las mujeres, aún puede verse que el lenguaje de Freud contenía el potencial para una reorientación «copernicana». Las explicaciones científicas y médicas decimonónicas de los fenómenos psicológicos oscilaban entre darle más importancia a la herencia o dársela al entorno. Faltaba una concepción de la motivación. Esto es lo que Freud proporcionó. Sus teorías hicieron sitio para ambos factores, los constitutivos y los medioambientales, pero solamente como elementos de una explicación más amplia que privile-

²⁶ *Ibid.*

²⁷ Término acuñado para referirse al acto de señalar públicamente la homosexualidad de alguien que lo oculta, que normalmente es una figura pública, con lo cual el hecho liberador de «salir del armario» cobra otro significado político colectivo para la comunidad homosexual, ya que con el desenmascaramiento de la persona de quien se dice (el infame), se hace visible la vigencia y carácter de las leyes que rigen las relaciones sociales. [N. de la T.]

²⁸ Robert STEELE, *Freud and Jung*, Londres, 1982, p. 206.

²⁹ 2 de octubre de 1910 y 17 de noviembre de 1911. Eva BRABANT, Ernst FALZEDER y Patrizia GIAMPIERI-DEUTSCH, *The Correspondence of Sigmund Freud and Sándor Ferenczi*, vol. 1, 1908-1914, Cambridge, Mass., 1993, pp. 215, 314.

giaba los deseos individuales, y la forma en la cual estos deseos llevaban a hombres y mujeres a vivir en mundos producto en gran medida de su propia construcción.

La base para esta reorientación era la concepción de Freud de la sexualidad que abarcaba tanto la infancia como el inconsciente. Esta concepción era tan polimorfa, tan «lingüística» según la terminología actual, que tuvo la capacidad de disolver las distinciones establecidas de género. Cuando estas distinciones amenazaron con disolverse, lo mismo ocurrió con todo un universo de controles culturales a través de los cuales reverberaban los presupuestos acerca del género. Tal y como argumentan hoy los defensores de Freud, su «antiesencialismo» abría la posibilidad de una disolución de gran alcance. Así pues, un momento utópico siguió a sus publicaciones. Este momento se centró en una visión latente, no proclamada abiertamente, de un mundo en el cual las jerarquías y las categorías socialmente inscritas desaparecen. El utopismo sirve potencialmente a una función crítica: proporciona un modelo para juzgar la sociedad existente. Sin embargo, también puede estar al servicio de los intereses de la dominación y la ilusión, tal y como han insistido correctamente los críticos de Freud.

III. CULTURA DE MASAS Y VIDA PERSONAL

Fin-de-Siècle Vienna termina en 1900, mientras que *The Culture of Narcissism* de Christopher Lasch describe Estados Unidos en la última parte del siglo xx; no obstante, ambos autores nos relatan una historia coherente. Tal y como hemos visto, Schorske tildaba al psicoanálisis de «contrapolítico», refiriéndose a que alentaba a una retirada de la política y a una preocupación compensatoria por la realidad intrapsíquica. Lasch distinguía la «pseudoconciencia propia» o psicologización, de la introspección genuina, pero al igual que Schorske, identificaba el giro hacia lo interior, la preocupación por el yo históricamente asociada al psicoanálisis, con el declive de la ética liberal decimonónica centrada en la «independencia» o el «autocontrol».

Según Lasch, la preocupación por el yo forma parte de la sociedad corporativa capitalista del siglo xx. Sin embargo, en la elaboración de este argumento, Lasch no empieza con un análisis del capitalismo, entendiendo por tal el sistema social que resulta de la compra y la venta de fuerza de trabajo. Por el contrario, Lasch se refiere al Estado del bienestar. Critica a éste, y a las profesiones «asistenciales» asociadas al mismo, aduciendo que crean dependencia y por ello sostienen el mito de que la cultura de clase media del siglo xix estimulaba la «independencia». De este modo romantiza la familia del siglo xix y deja de apreciar las muchas maneras en que el capitalismo corporativo, incluido el Estado del bienestar, favorecía la causa de mujeres y gays. Finalmente, en vez de analizar dialécticamente el paso de la sociedad del siglo xix a la del xx, describe este proceso como negativo. Una aproximación más fructífera a este cambio del capitalismo liberal o

competitivo al capitalismo corporativo consiste en apreciar el amplio incremento del papel asignado a la conciencia, al conocimiento y a la ciencia en el proceso productivo. Hubo un aumento de la conciencia sobre el papel del trabajo mental en la producción, así como un aumento en términos absolutos de este tipo de trabajo. La productividad resultante sustituyó el énfasis en la seguridad, el ahorro y el sacrificio por el hincapié en la expansión del consumo. La misma productividad impulsaba el cambio desde un modelo de conflicto social centrado en la relación entre capital y trabajo, a un modelo de cooperación, indicado en Estados Unidos con la frase *«the progressive era»*.

El capitalismo corporativo erosionó muchas de las bases de la cultura del siglo XIX, incluida su familia típico-ideal, y su modelo de esferas separadas. El resultado se caracteriza mejor como la emergencia histórica de la «vida personal»: formas de vida separadas de la esfera de la producción y ya no más directamente determinadas por ésta³⁰. La distinción entre esfera pública y privada siguió siendo importante pero la esfera privada de la familia estaba ahora subsumida en un contexto más amplio. La adolescencia, la juventud y los temas relevantes para la misma, especialmente la sexualidad y la identidad, emergieron como algo nuevo y, en la década de 1920, como cuestiones primordiales. La represión familiar, que había tenido su función en una era de escasez y competencia, de pronto parecía anticuada o idiosincrásica. El género mantuvo su importancia, pero se concedía una nueva importancia a la «similitud». Para muchos, la modernidad parecía contener el potencial para cumplir el famoso deseo de Wollstonecraft de que la diferencia entre los sexos se restringiera a la esfera del amor sexual.

La vida personal tenía un aspecto dual. Por un lado, apartaba de la política y llevaba hacia una preocupación narcisista por el yo. Éste era el aspecto que Schorske y Lasch enfatizaban. Por otro lado, también podía implicar una profundización y una redefinición de la política. Esta redefinición iba más allá de la formulación de las nuevas «cuestiones» y expresaba las posibilidades de formas de vida que ya no estaban dominadas por la necesidad social. En las sociedades premodernas una forma de vida normal significaba que el mundo interior de los individuos era homólogo al mundo simbólico cultural predominante. La terapia tradicional buscaba la reintegración del individuo al mundo³¹. La idea de Freud era que los símbolos, por los cuales los hombres y mujeres modernos vivían, eran personales e idiosincrásicos. Así, cuando Freud insistía en que «nosotros los psicoanalistas, rechazamos... transformar al paciente que se pone

³⁰ Eli ZARETSKY, *Capitalism, the Family and Personal Life*, Nueva York, 1976.

³¹ El «terapeuta» premoderno o chamán era efectivo porque él o ella movilizaba símbolos compartidos colectivamente. Claude Lévi-Strauss, explicando la efectividad de una chamán en un parto difícil, escribió que lo importante no es si el dios al que se invoca para ayudar, existe o no. Lo que importa es que «la mujer enferma cree en el mito y pertenece a una sociedad que cree en él». Claude LÉVI-STRAUSS, «The Effectiveness of Symbols», *Structural Anthropology*, Nueva York, 1976.

en nuestras manos en busca de ayuda en nuestra propiedad privada, decidir su destino por él, imponer nuestros ideales sobre él, y con el orgullo del Creador darle forma a nuestra imagen y semejanza y ver que es bueno», realmente estaba en parte articulando las nuevas posibilidades de la subjetividad, la pluralidad y la libertad personal que habían emergido en su época³².

Este significado de la vida personal, por encima y en contra del énfasis decimonónico en la familia, se expresaba en una nueva cultura: la cultura de masas. Su principal característica era su aparente inclusividad. Reflejando el cambiado carácter del capitalismo corporativo, la nueva cultura idealizaba la libertad personal, el consumo de masas y la cooperación. La novela barata, los parques de atracciones, los deportes, reflejaban las tradiciones de los inmigrantes y de la clase trabajadora con importantes elementos democratizadores, pero también reflejaban la elaboración de un nuevo imaginario social que funcionaba sobre la base de una deseada solución tanto a los problemas personales como al conflicto social: la armoniosa reconciliación en una esfera imaginaria³³.

La psicoterapia estaba en el centro de la cultura de masas. Allí donde la psiquiatría del siglo XIX había funcionado excluyendo y aislando al denominado «loco», la «psicoterapia» del siglo XX ponía de relieve la universalidad de un «subconsciente», un yo secundario o subliminal, en el cual se podría trascender los conflictos y las cargas de la existencia diaria. Allí donde la psiquiatría del siglo XIX hacía hincapié en el autocontrol, los terapeutas de principios del siglo XIX resaltaban la catarsis y la liberación. La psicoterapia validaba la idea de trascender el conflicto, especialmente el conflicto social a través de recursos mentales. También proporcionaba a la cultura muchos de sus esquemas clave de autointerpretación.

Los precursores de la psicoterapia de finales del siglo XIX como, por ejemplo, «la cura mental», la Ciencia Cristiana, y el movimiento de Emmanuel, habían anticipado la afinidad entre la psicoterapia y la cultura de masas. Estos movimientos surgían de un rechazo al «victorianismo», como ahora venía a llamarse la cultura de la clase media decimonónica³⁴. Los movimientos de cura mental utilizaban la meditación para acceder a «los inagotables poderes subconscientes [con] raíces en el infinito»³⁵. En 1901,

³² Freud, *Standard Edition*, cit., vol. XVII, pp. 161, 164-165.

³³ «*No Torism. No Socialism*», el director de cine D. W. Griffith expresó en 1909, «las virtudes vulgares del triunfo de la vida estadounidense». Lary MAY, *Screening Out the Past: the Birth of Mass Culture and the Motion Picture Industry*, Nueva York, 1980, p. 61.

³⁴ El libro clave fue *Eminent Victorians*, 1918, de Lytton Strachey, «el primer libro de la década de “los años veinte”», según Cyril Connolly. Leon Edel apunta que *Eminent Victorians* estaba escrito con «un nuevo tipo de tinta: tinta de Viena, de Sigmund Freud». Leon EDEL, *Bloomsbury, A house of Lions*, Philadelphia, 1979, p. 228.

³⁵ Donald MEYER, *The Positive Thinkers: A Study of the American Quest for Health, Wealth and Personal Power from Mary Baker Eddy to Norman Vincent Peale*, Garden City, NY, 1965, p. 14.

William James escribió con aprobación sobre estos movimientos. «Los moralistas oficiales –remarcaba– nos advierten de que nunca relajemos nuestra tenacidad... estar atento día y noche... mantener a la vista las tendencias pasivas». Pero mucha gente «encuentra que todos esos esfuerzos conscientes... tan solo les condenan doblemente... Su maquinaria se niega a funcionar... cuando los cojinetes se calientan demasiado y las cintas de transmisión se tensan tanto. Bajo estas circunstancias, el camino hacia el éxito exige un método antimoralista... la relajación, la no intencionalidad debería ser ahora la regla»³⁶. Estos movimientos ayudaron a preparar el terreno para la psicoterapia en Estados Unidos.

Psicoanálisis y cultura de masas

Las profesiones terapéuticas emergentes, especialmente aquellas ligadas a la medicina, lucharon intentando distinguirse de la cultura de masas. Al hacerlo, revelaban su afinidad subyacente con ella. *Psychotherapy* (1900), de Hugo Munsterberg, es un ejemplo de ello. Munsterberg, un profesor de filosofía de Harvard, escribió este libro para combatir el diletantismo de la cura mental. Argumentando que el «gran mercado de la civilización» había debilitado los vínculos, llamaba a un «conciencioso programa social de construcción de símbolos y a la reintegración comunal guiada por profesionales». La psicoterapia, escribió, debería inhibir el dolor, suprimir la emoción, y sustituir las ideas placenteras «hasta la restauración del equilibrio normal»³⁷.

No es preciso señalar que la idea de Freud del análisis era muy diferente de la de Munsterberg. Freud creía en un proceso lento, doloroso, por el cual los deseos infantiles se hicieran accesibles a la conciencia. Y su pensamiento tenía una dimensión crítica. Pero lo que precisamente había hecho subversivo su pensamiento en el contexto victoriano, a saber, su demostración de que los acontecimientos empíricos o de que los mensajes recibidos de la sociedad eran reelaborados por los individuos bajo el ímpetu de sus propias necesidades, también le dotaba de una función recuperadora o integradora en la cultura emergente.

Que cumpliera esta función no era para nada inevitable. En la década de 1920, los intelectuales en Bloomsbury, en el Berlín de la República de Weimar, en el París surrealista, en el Greenwich Village y en todos los rincones de la Rusia revolucionaria, luchaban por articular la dimensión crítica del psicoanálisis. Sin embargo, la integración del psicoanálisis en la psiquiatría de Estados Unidos demostró ser decisiva. En 1919 este país ya presumía del número más alto de psicoanalistas en el mundo. En Euro-

³⁶ William JAMES, *Varieties of Religious Experience*, Cambridge, Mass., 1985, pp. 6, 108-109.

³⁷ Nathan G. HALE, Jr., *Freud and the Americans: the Birth of Psychoanalysis in the United States, 1876-1917*, Nueva York, 1971, pp. 127, 140.

pa, la clase psiquiátrica institucionalizada rechazaba el psicoanálisis; en Estados Unidos, los psicoanalistas dominaban virtualmente la psiquiatría. Ernest Jones comprendió lo importante que sería el mundo anglófono para el desarrollo del psicoanálisis. Uno de sus muchos legados fueron las traducciones inglesas de Freud, que culminaron con la edición Strachey, que todavía es la única edición completa y editada del trabajo de Freud en cualquier idioma³⁸.

Desde sus comienzos, el psicoanálisis estadounidense reflejó la estrecha conexión existente entre profesionalización y cultura de masas. La cura mental proporcionó la inspiración a Stanley Hall de invitar a Freud a hablar en la Universidad de Clark en 1909. Hall era un «pez gordo». La audiencia incluía una selección representativa de la elite médica y académica estadounidense, entre ellos, Edward Tichener, William James, Franz Boas y Adolf Meyer, de los que podría decirse que eran los más destacados psicólogos, filósofos, antropólogos y psiquiatras de Estados Unidos. Lo más importante, advirtió Ernest Jones a Freud, era «apuntar primero hacia la gente reconocida... Hay tanta vulgarización y explotación [en Estados Unidos] que uno tiene un arma importante si insiste en el lado científico exacto»³⁹. Freud no siguió el consejo de Jones. Disfrutó de su primera experiencia del consumo de masas de acuerdo con el modelo estadounidense –Coney Island, Chinatown, Niagara Falls– y dirigió sus conferencias a una amplia audiencia acentuando «la practicidad, el optimismo, la comparativa simplicidad del psicoanálisis»⁴⁰. Más tarde describió la experiencia como «el despliegue de un ensueño increíble». «En Europa me sentía como alguien excomulgado; aquí me sentí recibido por los mejores como un igual»⁴¹.

Las conferencias en Clark produjeron la primera generación freudiana de la psiquiatría estadounidense: médicos jóvenes, que trabajaban en hospitales, y descontentos con las interpretaciones somáticas predominantes. En el año 1915, el principal texto psiquiátrico *Diseases of the Nervous System*, de White y Jelliffe, recomendaba el psicoanálisis a los «más elevados niveles psicológicos». Aunque no pudiera curar a los pacientes psicóticos, podría, al menos, aliviar sus síntomas⁴². Los psiquiatras estadounidenses no tenían ningún interés por el psicoanálisis, excepto como técnica. En 1925 ordenaron que solamente los doctores en medicina pudieran practicar el psicoanálisis, extirpándole así sus conexiones con la literatura, la historia y el pensamiento social. Más tarde, cuando descubrieron técnicas que consideraron más eficientes, prescindieron del psicoanálisis.

³⁸ Las *Gesammelte Werke* contienen los textos, pero ningún trabajo editorial. La mejor edición académica, la *Studienausgabe*, es incompleta. Una edición francesa está en marcha.

³⁹ 7 de febrero de 1909. R. Andrew PASKAUSKAS, ed., *The Complete Correspondence of Sigmund Freud and Ernest Jones, 1908-1939*, Cambridge, Mass., 1993, p. 15.

⁴⁰ N. G. Hale, *Freud and the Americans*, cit., p. 5.

⁴¹ Freud, *Standard Edition*, cit., vol. XIV, p. 7.

⁴² Hale, *Freud and the Americans*, cit., pp. 443-444.

Las conferencias en Clark también otorgaron a Freud una celebridad de masas. Antes de la Primera Guerra Mundial, la cobertura que se le dio al psicoanálisis, especialmente en revistas destinadas a mujeres, eclipsó cualquier otra terapia⁴³. Después de la Guerra, los periódicos de Hearst publicaron por fascículos su primer análisis; se trataba del de Mabel Dodge Luhan, en cuyo salón se había reunido el primer grupo psicoanalítico. En medio del nacimiento de la publicidad de masas, Edward Bernays, el «padre de las relaciones públicas» popularizó las enseñanzas de su tío Sigmund Freud sobre el desmembramiento de las «resistencias»⁴⁴. En 1924, Sam Goldwyn partió hacia Europa anunciando que ofrecería a Freud 100.000 dólares para diseñar «la verdadera gran historia de amor». Aparte de esto, él haría que Freud «viniese a Estados Unidos y ayudara a dar un “impulso” a los corazones de esta nación». ¿Quién mejor que Freud?, se preguntaba Goldwyn: Freud con su revelación de «las motivaciones emocionales y los deseos reprimidos». Pocos años después, Hearst intentó traer a Freud a Chicago, «a cualquier precio», para «psicoanalizar» a los jóvenes asesinos Leopold y Loeb⁴⁵.

La gestión de la mente

El interés en el psicoanálisis formaba parte de un desplazamiento global hacia la psicologización. Que algunos analistas, incluido Freud, fueran hostiles a los nuevos desarrollos era de poca significancia. Un tema principal en Estados Unidos durante la *progressive era* había sido la creencia de que todas las cuestiones previamente definidas como políticas, eran de hecho cuestiones técnicas, que podían ser resueltas por expertos. En la década de 1920, el politólogo Harold Lasswell se acercó a Freud para defender que aquellos «fanáticos» implicados en política actuaban de acuerdo a obsesiones psicológicas⁴⁶. Los famosos experimentos de Hawthorne, comenzados en 1929, pretendían mostrar que los trabajadores estaban más preocupados por la atención que cualquiera pudiera prestarles que por sus actuales condiciones de trabajo. Sobrecogido por los experimentos, Elton Mayo fundó el campo de las relaciones industriales sobre la premisa de que los conflictos entre los trabajadores y los gerentes se tratarían mejor como desplazamientos de la vida privada⁴⁷. Al esta-

⁴³ Lewis A. COSER, *Refugee Scholars in America: Their Impact and Their Experiences*, New Haven, 1984.

⁴⁴ Ann DOUGLAS, *Terrible Honesty*, Nueva York, 1996, p. 34.

⁴⁵ Hale, *Freud and the Americans*, cit., p. 399; Ernest JONES, *Sigmund Freud: Life and Work*, vol. III, Londres, 1954, p. 103.

⁴⁶ Fred MATTHEWS, «The Utopia of Human Relations: The Conflict-Free Family in American Social Thought, 1930-1960», *Journal of the History of the Behavioral Sciences* 24 (octubre de 1988), p. 348; Harold LASSWELL, *Propaganda Technique in World War I*, 1927, Cambridge, Mass., 1971, pp. 4-5.

⁴⁷ Elton MAYO, «The Irrational Factor in Human Behavior: The “Night Mind” in Industry», *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 110 (noviembre de 1923), pp. 117-130. Mayo estaba por aquel entonces más influenciado por Pierre Janet que por Freud.

llar la Segunda Guerra Mundial, Talcott Parsons recomendó encarecidamente que el gobierno no respondiera a las protestas contra la guerra «históricamente», como lo había hecho durante la Primera Guerra Mundial. Parsons escribió que una agencia de propaganda debería asumir un papel «desinteresado» y rehusar a responder las interpretaciones hostiles de las políticas del gobierno, derrotándolas por consiguiente al igual que haría un terapeuta cuyo comportamiento de no respuesta socava las percepciones neuróticas negándoles su confirmación⁴⁸. Éste era el ambiente desde el cual, después de la Segunda Guerra Mundial, esencialmente como parte del Plan Marshall, los psicoanalistas estadounidenses reexportaron a Europa su versión de la psiquiatría psicoanalítica en donde, excepto en un aislado enclave protofeminista asociado a Melanie Klein, había sido destruido por el fascismo.

El pensamiento psicológico, que se reveló tan liberador en algunos contextos, abría en otros el camino para la reimposición de relaciones autoritarias y jerárquicas. La cultura de clase media, tanto del siglo XIX como del XX, resaltaba el carácter individual como alternativa al conflicto social. Pero el sueño del siglo XX de trascender las limitaciones sociales impuestas se sostenía en la brillante visión de Freud. En parte como resultado, las más recientes formas de control social estaban más profundamente internalizadas que las viejas. El énfasis decimonónico en el «autodominio» dejaba de hecho más espacio para el error, el desorden y la excentricidad que el hincapié del siglo XX en lo personal que, en la medida en que provenía del interior, nunca podría ser evadido.

La autonegación, más característica del siglo XIX, y el escapismo, más característico del XX, no son alternativas que se excluyan mutuamente. El intento de establecer las fronteras entre clases, razas y géneros, y el intento de crear un espacio imaginario dentro del cual no hay diferencias sociales, son dos versiones de la autodecepción. Ambos son tentativas de la mente sobre la materia: en ambos períodos, los mismos individuos oscilaron entre ellas. El último, de hecho, con sus aspectos de ensueño, constantemente colapsa en el primero. De este modo, muchos psicoanalistas terminaban resucitando, incluso cuando proclamaban rechazarlos, los aspectos normalizantes de la psiquiatría que aparentemente suplantaban.

En consecuencia, la historia del psicoanálisis tiene una estructura irónica. Aunque el psicoanálisis empezó utilizando la literatura sobre las perversiones para disolver las hipótesis basadas en el género, se convirtió en el baluarte de los prejuicios contra las mujeres y los homosexuales. En lugar de un mundo definido en términos de masculinidad y feminidad, Freud había abierto un mundo de etapas psicosexuales: oral, anal, genital; paranoia, neurosis obsesiva, histeria; autoerotismo, narcisismo, relaciones de

⁴⁸ Talcott PARSONS, «Propaganda and Social Control», 1942, en *Essays in Sociological Theory, Pure and Applied*, Glencoe, Illinois, 1954, pp. 89-103.

objeto; sujeto/objeto, activo/pasivo, macho/hembra. El punto final de cada esquema era la pareja heterosexual. De este modo, el género, suprimido como un impulso psicológico, había reaparecido como el punto final de la elección de objeto. Una vez que la heterosexualidad estaba reinscrita como norma, la homosexualidad sería necesariamente patologizada. El género y la homofobia fueron, en último término, los pivotes a través de los cuales se articuló una completa serie de estigmatizaciones y exclusiones.

La reconstitución de la familia

La desestabilización de las normas de género establecidas había constituido el meollo del aspecto más progresista del psicoanálisis, y fue el restablecimiento de estas normas lo que hizo que el psicoanálisis llegara a convertirse en una fuerza represiva. No solamente era el género en sí mismo fundamental para las nuevas formas de regular al individuo, sino que además la premisa de que la diferencia sexual era fundacional, ayudaba a naturalizar y esencializar todo un conjunto de pensamiento. Por ello, el primer paso hacia la destrucción de una perspectiva crítica fue restablecer el carácter fundacional de la distinción entre los sexos. Una tensión sobre el significado de esta distinción había emergido repetidamente desde el principio de la historia del psicoanálisis.

Si Freud abrió la posibilidad para el restablecimiento de las normas convencionales sobre género y sexualidad, otros se apresuraron a efectuar tal tarea. Cada uno de los oponentes psicoanalíticos de Freud más importantes, con independencia de en qué otras maneras difirieran, volvían al punto de partida que el psicoanálisis comenzó rechazando, a saber, que una teoría de la psique debiera fundarse en la distinción entre los sexos. En la década de 1890 Fliess, y una década más tarde Jung, defendieron que la psique podía ser entendida en términos de principios «masculinos» y «femeninos». En la de 1910, cuando Alfred Adler resucitó la vieja teoría de la bisexualidad como «hermafroditismo psíquico», Freud respondió que «en psicología los conceptos “masculino” y “femenino” no se utilizan». La dicotomía propia, dijo, no es entre masculino y femenino, sino entre libido y represión. En la década de 1920, los oponentes a Freud en los debates acerca de la sexualidad femenina, tales como Karen Horney y Ernest Jones, *empezaron* con la distinción entre los sexos para explicar la diferencia que esta distinción producía en desarrollos subsiguientes⁴⁹. Aunque el contenido variaba, se mantenía recurrente el mismo desacuerdo sobre el *status* del género como categoría psicológica.

⁴⁹ A menudo se ha observado que Freud mantuvo una distinción neta entre biología y psicología, pero muchos conceptos analíticos –por ejemplo «oral» o «anal»– tienen una estrecha relación con la biología. Cuando Freud insistía en trazar una clara línea entre biología y psicología, era invariablemente para rechazar una aplicación particular de la biología, que pretendiera fundar la distinción entre los sexos.

La naturalización de las normas de género empezó pronto. Los debates sobre la sexualidad femenina de las décadas de 1920 y 1930 llevaron a una reorientación de la teoría psicoanalítica alrededor de la relación entre madre y niño. Esta reorientación trajo algunos innegables beneficios. Incluso los comienzos de la especificidad del desarrollo femenino no podían ser entendidos sin el estudio de la relación de la niña con su madre, y con este giro, la centralidad de la relación madre-niño o «pre-édipica» respecto de *todo* desarrollo, se hizo evidente de modo inmediato. Por otra parte, el primer interés psicoanalítico por la autoridad se adentró en la comprensión de la dependencia. Pero la reorientación del psicoanálisis alrededor de la relación madre-niño y de un conocimiento más profundo de la dependencia adquirieron un carácter crecientemente tendencioso durante la Segunda Guerra Mundial. Los psicoanalistas respondieron al bombardeo de Londres con el argumento de que la separación de los niños pequeños de sus madres «introduce problemas psicológicos mayores»⁵⁰. Aunque sus argumentos contenían revelaciones genuinas, también sirvieron para alentar esfuerzos por devolver a las mujeres al hogar tras la guerra e institucionalizar el salario familiar en el Estado del bienestar de posguerra. El Estado del bienestar apoyaba la familia, especialmente la familia de la clase trabajadora, no la socavaba como mantenía Lasch. El problema era que la familia individual, heterosexual y encabezada por un hombre, con su presunción de una estricta diferencia de género, era la «célula», la unidad básica del Estado del bienestar, y no la comunidad o la sociedad. De esta manera, la vida personal no podía ser liberada de la determinación familiar.

De nuevo Estados Unidos, a donde finalmente se desplazaron la mayor parte de los emigrados, fue crucial, ya que durante la Guerra Fría las ideas psicoanalíticas impregnaron la cultura estadounidense. Sus practicantes influyeron en una vasta red de organizaciones satélite y actividades que incluían el asesoramiento, los experimentos de seguimiento, la educación, las relaciones personales, la religión y el derecho, y especialmente nuevas ramas tales como las relaciones juveniles y domésticas. La integración del psicoanálisis en un sistema de disciplinas era inseparable de la insistencia de McCarthy en el «*american way of life*»⁵¹. Los psicoanalistas sostenían ahora que «cada homosexual es un heterosexual latente», que «la configuración anatómica de la niña la coloca en desventaja en relación con el poseedor del falo», y que «las erróneas conclusiones» de Kinsey «respecto a la homosexualidad» se utilizarán «en el extranjero contra Estados Unidos, estigmatizando globalmente a la nación en una campaña de difamación»⁵².

⁵⁰ Adam PHILIPS, *D.W. Winnicott*, Cambridge, Mass., 1989, p. 62.

⁵¹ Peter BERGER, «Towards a Sociological Understanding of Psychoanalysis», *Social Research* 32 (1965), pp. 27-28.

⁵² Kenneth LEWES, *The Psychoanalytic Theory of Male Homosexuality*, Nueva York, 1988, p. 137; Sandor RADO, «A Critical Examination of the Concept of Bisexuality», *Psychosomatic Medicine* 2, 4 (1940); Roland BAYER, *Homosexuality and American Psychiatry: The Politics of Diagnosis*, Nueva York, 1981, pp. 28, 30; Elizabeth YOUNG-BRUEHL, *Anna Freud: A Biography*,

Norman Podhoretz escribió que Freud proporcionó «la fundamentación más persuasiva para la creencia de que las posibilidades humanas eran fijas... y dadas, y no infinitamente maleables, como en la “imaginación liberal”»⁵³.

Incluso en la década de 1950, sin embargo, ésta no era toda la historia; Freud continuaba siendo el representante más sólido de las posibilidades transformadoras en trabajos tales como *Eros y civilización* (1955) de Marcus y *Vida contra la muerte* (1959) de Norman O. Brown, ambos inspirados por lo que Brown llamaba «la jubilación de las categorías políticas que informaban la acción y el pensamiento liberal en la década de 1930»⁵⁴. No obstante, dada la manera en que el psicoanálisis había llegado a integrarse en una forma de vida conservadora, muchos fueron los que en la década de 1960 entendieron que merecía la pena oponerse al mismo. Howard Brown, un delegado de salud de la ciudad de Nueva York, fue informado por su psicoanalista de que «estaba inherentemente dañado por [su] orientación sexual». En 1973, Brown relató a la *American Psychiatric Association* que le llevó veinte años recobrar de su psicoanálisis⁵⁵. La heroína de Erica Jones se enfrentaba a su psicoanalista en *Miedo a volar*, publicado en el mismo año: «¿Por qué debería escucharle a usted acerca de lo que significa ser una mujer? ¿Es usted una mujer?». Y posteriormente: «Como en un sueño (nunca me hubiera creído a mí misma capaz de ello) me levanté del diván (¿cuántos años había estado allí mintiendo?), cogí mi libro de bolsillo, y caminé... fuera... ¡Nunca más argumentaciones a Kolner como con un líder del movimiento! ¡Era libre!». En el nacimiento de la cultura y la política estadounidense de hoy en día, proveniente de la década de 1960, Freud puede haber sido más importante que Marx, aunque fundamentalmente como figura a la que oponerse.

Los nuevos movimientos sociales de esta década surgieron sobre el mismo terreno de vida personal que antes había dado lugar al psicoanálisis. Al igual que éste, estos movimientos reflejaban las verdaderas condiciones de la vida personal moderna, es decir, que la «identidad» había llegado a ser un proyecto de los individuos, en vez de estar determinada por la estructura económica o familiar de la sociedad. De este modo, ellos también tienen que enfrentarse con el problema de relacionar una comprensión crítica de la identidad con una más vieja, pero todavía indispensable crítica del capitalismo. Una clave para llevar a cabo esta tarea es una comprensión histórica de la vida personal.

Tal aproximación hace posible trascender los debates entre los críticos y defensores de Freud de finales del siglo xx. Los defensores se centran en

Nueva York, 1988, pp. 42-89; Edmund BERGLER, «Homosexuality and the Kinsey Report», en Aron Krich, ed., *The Homosexuals as Seen by Themselves and Thirty Authorities*, Nueva York, 1954.

⁵³ Norman PODHORETZ, *Breaking Ranks: A Political Memoir*, Nueva York, 1979, p. 48.

⁵⁴ Norman O. BROWN, *Life Against Death*, Middletown, CT, 1959, p. IX.

⁵⁵ Bayer, *Homosexuality and American Psychiatry*, cit., pp. 55, 95, 103-104.

el liberador momento de apertura presente en sus escritos, pero no logran percibir la forma en que el control social moderno funciona a través de la producción de «libertad» y «subjetividad». A la inversa, los críticos de Freud se centran en sus contribuciones a las formas de control contemporáneas, pero no consiguen captar el sentido en que sus escritos ayudaron a iniciar la politización potencialmente liberadora de la vida personal que continúa en nuestra época.

Además, tal aproximación nos ayuda a situar la cuestión del género en el centro de la vida personal. Al justificar su resistencia a definir masculinidad y feminidad, Freud describió la equiparación de masculinidad con actividad y de feminidad con pasividad como meramente «empírica» y «convencional». De este modo, la idea de que el género es cultural estaba implícita en el psicoanálisis, pero no se hizo explícita hasta los movimientos feministas de la década de 1970. Sin embargo, el psicoanálisis también desestabilizó la oposición entre hombres y mujeres sobre la cual la mayoría de las formas del feminismo todavía descansa. No desestabilizó el concepto «mujer», de la manera en la que muchas feministas contemporáneas lo hacen en un intento de hacer sitio a lesbianas, mujeres de color y demás. Por el contrario, desestabilizó el concepto cuando se opone al concepto de «hombre». Con respecto a esto, los movimientos identitarios contemporáneos aún no han captado el momento liberador presente en el psicoanálisis que sostuvo que, al menos en las condiciones de la modernidad, ningún individuo podría ser reducido a determinaciones socioculturales, ya sea como «burgués» o como «trabajador», como «hombre» o «mujer», o como miembro de una raza particular.

Conclusión

Permítaseme concluir con una recapitulación de mi argumento. El énfasis decimonónico en el carácter individual estaba basado en la negación de aspectos fundamentales de la humanidad. Debilidad, vulnerabilidad, dependencia, pasividad, sexualidad, etc., fueron codificados por el género, y asignados a grupos estigmatizados y patologizados. El psicoanálisis, potencialmente, apuntaba hacia una base común para la solidaridad con su demostración de que el miedo, la exclusión, la dependencia, la humillación y la «castración» eran comunes a una amplia área de la experiencia moderna. Es una gran mentira, de la que Freud fue sólo parcialmente cómplice, que la materia objeto del psicoanálisis fuera la «neurosis». Al mismo tiempo, por su descubrimiento de que no existe nada social sin ser primero reelaborado y construido por el propio individuo, Freud apelaba a aquel aspecto de la cultura del siglo xx que ponía el acento en la determinación libre de la identidad y en el derrocamiento de las constricciones del pasado. Sin embargo, este aspecto era psicológico. Al igual que el siglo xix, el xx había estado basado en la negación y en la división social. Consecuentemente, el dominio psicológico que el psicoanálisis constituyó como centro de atención fue a menudo utilizado para afirmar el mundo tal y como es.

La reivindicación de las partes amputadas de nuestra humanidad es inseparable de la reivindicación de las partes reprimidas o evadidas del mundo social: África, Palestina, personas con SIDA. Tanto la represión como el escapismo, el victorianismo y la cultura de masas, disimulaban igualmente la interdependencia enraizada en el trabajo, expresada en la cultura y forjada en lazos de amor. Las disputas entre profreudianos y antifreudianos sitúan a Freud en un espacio demasiado estrecho, a un nivel demasiado superficial. Shorske, Lasch y los pensadores asociados con ellos, comenzaron de un modo brillante, pero su trabajo se hundió debido a la influencia del exagerado pesimismo y la unidireccionalidad de la Escuela de Frankfurt. Intrínsecamente relacionado con ello se halla su incapacidad para dilucidar las cuestiones de género y homosexualidad. Únicamente una aproximación histórica, profundamente conceptualizada, puede permitirnos apreciar la contribución de Freud, a la vez que nos colocamos más allá de su influencia.